

como el temible Hiley y el no menos temible Cibot.

En efecto; el día 6, los siete bandidos, conducidos por Hiley, llegan á casa de los hermanos Chaussard y pasan allí dos días. El día 8, el jefe se lleva á su gente, diciendo que van á tres leguas de distancia, y manda á los dos hermanos que les procuren subsistencias, las cuales les fueron llevadas á una encrucijada situada á poca distancia de la aldea. Hiley volvió solo á dormir á la posada.

Dos hombres á caballo, que debían ser la dama Bryond y Rifoel, pues está averiguado que esta señora acompañaba á Rifoel en sus expediciones á caballo disfrazada de hombre, llegan por la noche y tienen una entrevista con Hiley.

Al día siguiente, Hiley escribe una carta al notario Leveillé, que fué llevada por uno de los hermanos Chaussard, el cual volvió inmediatamente con la respuesta.

Dos horas después, la dama Bryond y Rifoel vuelven á hablar con Hiley.

De todas estas conferencias y de estas idas y venidas, resulta la necesidad de adquirir un hacha para romper las cajas que encierran el dinero. El notario acompaña á la dama Bryond á Saint-Savin, y buscan allí en vano un hacha. El notario vuelve y á mitad de camino encuentra á Hiley, á quien iba á anunciar que no habían podido encontrar el hacha que se necesitaba.

Hiley vuelve á la posada, pide una cena para diez personas, é introduce á poco á los siete bandidos, que esta vez iban todos armados. Hiley ordena militarmente que dejen las armas. Se sientan á la mesa, cenan á toda prisa, é Hiley manda que le procuren alimentos en abundancia para llevárselos. Después llama á parte á Chaussard el mayor para pedirle un hacha. El posadero, asustado, si se le ha de dar fe, se niega á dársela. Courceuil y Boislaurier llegan, transcurre la noche, y aquellos tres hombres la pasaron paseándose

por el cuarto y hablando de sus complots. Courceuil, apodado el Confesor, que es el más astuto de todos aquellos bandidos, se apodera de un hacha, y á las dos de la mañana salen todos por diferentes puntos.

Los momentos estaban contados, y la ejecución del crimen estaba fijada para aquel día fatal. Hiley, Courceuil y Boislaurier dirigen y disponen á su gente. Hiley se embosca con Minard, Cabot y Bruce á la derecha del bosque de Chesnay. Boislaurier, Greniere y Horeau se colocan en el centro. Courceuil, Herboomez y Lisieux se extienden por el extremo del bosque. Todas estas posiciones están indicadas en el plano geométrico levantado por el ingeniero, y que va unido al proceso.

Entre tanto, el coche, que había salido de Mortagne á eso de la una y media, era conducido por un tal Rousseau, al que los acontecimientos acusan bastante para que se haya creído necesario su encarcelamiento. El coche, llevado al paso, debía llegar á eso de las tres al bosque de Chesnay. Un solo gendarme lo escoltaba, y le acompañaban tres viajeros. Tenían que llegar á la hora de almorzar á Donnery.

El cochero, que había ido hasta entonces muy despacio, al llegar al puente de Chesnay, que está á la entrada del bosque de este nombre, arrea los caballos, llevando el coche con una velocidad sorprendente, y se precipita por un camino serpeado que se llama el camino de Senzey. El coche se pierde de vista, y el ruido de cascabeles es lo único que indica su dirección; el gendarme y los jóvenes viajeros apresuran el paso para unírsele. Se oye un grito y cuatro tiros. Este grito es el de «¡Alto ahí, pillos!»

El gendarme sale ileso, saca el sable y corre en la dirección que supone que ha tomado el coche. De pronto se ve detenido por cuatro hombres armados que le hacen fuego; su ardor le preserva de las balas, y se dirige á uno de los jóvenes que le acompañaban para decirle que fuera á Chesnay á dar el toque de

alarma; pero dos bandidos se dirigen á él, le apuntan con sus fusiles, se ve obligado á dar algunos pasos atrás, y recibe un tiro en el sobaco izquierdo en el momento en que quiere observar el bosque. Este tiro le rompe un brazo, le hace caer y lo pone fuera de combate.

Los gritos y los tiros se oyeron en Donnery. El sargento y uno de los gendarmes que estaban allí de punto, acudieron; el fuego de un pelotón les lleva al lado opuesto á aquel en que ocurría la escena del robo. El gendarme da gritos para intimidar á los bandidos, y simula con sus órdenes la llegada de socorros ficticios, gritando: «¡Adelante! ¡El primer pelotón por allí! ¡Ya los tenemos! ¡El segundo pelotón por allá!»

Los bandidos, por su parte, gritan: «¡A las armas! ¡Aquí, compañeros! ¡venga aquí ayuda cuanto antes!»

El ruido de las descargas no permite oír al sargento las voces del gendarme herido, ni ayudar á la maniobra semejante con que el otro gendarme tenía á los bandidos en jaque; pero pudo distinguir cerca de él un ruido que provenía del derribo y apertura de las cajas. Avanza por aquel lado, y como cuatro bandidos armados le saliesen al encuentro, les grita: «¡Rendidos, malvados!»

Estos replican: «¡No te acerques, ó eres muerto!» El sargento se precipita sobre ellos, salen dos tiros y cae herido: una bala le atraviesa la pierna izquierda y penetra en los flancos de su caballo. El valiente soldado, bañado en su sangre, se ve obligado á dejar aquella lucha desigual, y grita, aunque en vano: «¡A mí! ¡los bandidos están en Quesnay!»

Los bandidos, dueños del terreno gracias á su número, registran el coche, que estaba colocado á intento en una de las cunetas de la carretera. Por farsa y para disimular su culpabilidad, los salteadores habían vendado los ojos al cochero. Se abren las cajas, los sacos de plata se sacan de ellas y se cargan so-

bre los caballos del coche, que habían sido desenganchados. Los bandidos despreciaron tres mil francos en calderilla, y se llevaron sobre los caballos una suma de ciento tres mil francos. Después se dirigen hacia el caserío de Menneville, que está cerca de la aldea de Saint-Savin. La horda y el botín se detienen en una casa aislada perteneciente á los hermanos Chaussard, donde vive un tío de éstos llamado Bourget, confidente del proyecto desde su origen. Este anciano, ayudado de su mujer, acoge á los bandidos, les recomienda que guarden silencio, descarga el dinero y se va á la bodega á sacarles algo que beber. La mujer quedó haciendo de centinela al lado del castillo. El anciano coge los caballos, los lleva al bosque, y desata á los dos jóvenes y al complaciente cochero, que habían quedado amarrados. Después de haber reposado breves momentos, los bandidos se ponen en camino. Courceuil, Boislaurier é Hiley pasan revista á sus cómplices, y una vez que entragaron á éstos módicas retribuciones, la banda se disuelve, huyendo cada uno por su lado.

Llegados á un lugar llamado el Champ-Landry, estos malhechores, obedeciendo á aquella voz que lleva á todos los miserables á incurrir en contradicciones y falsos cálculos respecto al crimen, tiran sus fusiles á un campo de trigo. Esta acción, hecha por todos, es la última señal de su mutua inteligencia. Llenos de terror por el atrevimiento de su atentado y por el éxito mismo, se dispersan.

Una vez ejecutado el robo con las agravantes de asesinato y ataque á mano armada, se prepara el encadenamiento de otros hechos, y otros autores van á obrar con motivo del relato del robo y de su destino.

Rifoel, escondido en París, desde donde dirigía esta trama, transmite á Leveillé la orden de que le remita inmediatamente cincuenta mil francos.

Courceuil había mandado ya á Hiley que fuese á

comunicar á Leveillé el éxito de la empresa, citándole en Mortagne. Leveillé acude.

Vauthier, con cuya fidelidad creían que podían contar, se encarga de ir á ver al tío de Chaussard; llega á aquella casa, y el anciano le dice que es preciso dirigirse á sus sobrinos, que habían remitido fuertes sumas á la dama Bryond. Sin embargo, le dice que le espere en la carretera, y le da un saco con mil doscientos francos, que Vauthier lleva á la dama Lechantre para su hija.

A instancias de Leveillé, Courceuil vuelve á casa de Bourget, el cual esta vez le manda ir directamente á casa de sus sobrinos. Chaussard el mayor lleva á Vauthier al bosque, le indica un árbol, y éste encuentra allí enterrado un saco con mil francos. En una palabra, que Leveillé, Hiley y Vauthier hacen nuevos viajes y van dando cada vez sumas insignificantes comparadas con la cantidad á que asciende el robo.

La señora Lechantre recibía estas sumas en Mortagne, y habiendo recibido una carta de aviso de su hija, las transportó á Saint-Savin, donde la dama Bryond estaba de vuelta.

No es este el instante de examinar si la dama Lechantre conocía ó no con anterioridad el complot.

Basta por el momento observar que esta dama sale de Mortagne para ir á Saint-Savin la vispera de la ejecución del crimen, y se lleva consigo á su hija; que estas damas se encuentran á mitad de camino y vuelven á Mortagne; que el día siguiente el notario, avisado por Hiley, se va de Alençon á Mortagne á casa de ellas, y las decide á transportar los fondos tan trabajosamente obtenidos de los hermanos Chaussard y Bourget á una casa de Alençon, de que se tratará en breve, á la del señor Pannier, negociante.

La dama Lechantre escribe al guarda de Saint-Savin diciéndole que vaya á buscar á ella y á su hija á Mortagne, para acompañarlas por el atajo hasta Alençon.

Estos fondos, que ascienden en total á veinte mil francos, fueron cargados por la noche, y la joven Godard ayudó á hacer esta carga.

El notario había marcado el itinerario. Llegan á la posada de un afiliado llamado Luis Chargegrain, vecino del municipio de Littray. A pesar de las precauciones del notario, que salió al encuentro de la expedición, encontraron testigos que vieron descargar las alforjas y los sacos que contenían el dinero.

En el momento en que Courceuil é Hiley, disfrazados de mujeres, se ponían de acuerdo, en una plaza de Alençon, con el señor Pannier, tesorero de los rebeldes desde 1794 y adicto á Rifoel, para hacer llegar á manos de éste la suma pedida, el terror causado por los arrestos y pesquisas fué tal, que la dama Lechantre, asustada, huyó de noche de la posada en que estaba, llevando á su hija por caminos extraviados, y abandonando al notario Leveillé, para refugiarse en los escondites practicados en el castillo de Saint-Savin. Los demás cómplices se sienten hostigados por las mismas alarmas. Courceuil, Boislaurier y su pariente Dubut, cambian por oro los mil francos de escudos en casa de un negociante, y huyen á Inglaterra por Bretaña.

Al llegar á Saint-Savin, las damas Lechantre y Bryond reciben la noticia de la prisión de Bourget, del cochero y de los prófugos.

Los magistrados, los gendarmes y las autoridades daban golpes tan seguros, que pareció urgente sustraer á la dama Bryond á las investigaciones de la justicia, pues era objeto de admiración y respeto para todos aquellos malhechores subyugados por ella. En su consecuencia, la dama Bryond salió de Saint-Savin y se escondió primero en Alençon, donde sus fieles partidarios deliberaron y acordaron esconderla en la bodega de Pannier.

Llegadas á este estado las cosas, se desarrollan nuevos incidentes.

Después del arresto de Bourget y de su mujer, los Chaussard se negaban á dar más dinero, diciendo que habían sido vendidos. Esta inesperada defección llegaba en el momento en que más urgente se hacía la necesidad del dinero para todos los cómplices, aunque sólo fuese para ponerse en seguridad. Rifoel tenía sed de dinero. Hiley, Cibot y Leveillé empezaban á sospechar de los hermanos Chaussard.

En este momento ocurre un nuevo incidente que exige los rigores de la justicia.

Dos gendarmes encargados de descubrir á la dama Bryond, logran penetrar en casa de Pannier y tienen allí con ella una deliberación. Estos hombres, indignos de la confianza de sus jefes, en lugar de detener á la dama Bryond, sucumben ante sus seducciones. Estos indignos militares, llamados Ratel y Mallet, prodigan á aquélla las pruebas del más vivo interés y se ofrecen á acompañarla á casa de los Chaussard, para obligar á éstos á la restitución. La dama Bryond monta á caballo disfrazada de hombre, acompañada de Ratel, de Mallet y de su criada Godard. Hace el viaje de noche; llega y tiene con uno de los hermanos Chaussard una animada conferencia. Iba armada de una pistola y decidida á levantar la tapa de los sesos á su cómplice, caso de que se negase á sus pretensiones; pero fué acompañada al bosque, y volvió con un gran saco de dinero. Al volver se encuentra con que el saco contenía calderilla por valor únicamente de mil quinientos francos.

Entonces se proyecta una reunión de todos los cómplices que puedan asistir á casa de los Chaussard, para apoderarse de ellos y someterlos á la tortura.

Pannier se enfurece al saber esta burla, estalla en amenazas, y la dama Bryond, aunque le amenaza á su vez con la cólera de Rifoel, se ve obligada á huir.

Todos estos detalles son debidos á las confesiones de Ratel.

Mallet, compadecido de aquella situación, ofrece un

asilo á la dama Bryond, y todos van á esconderse en el bosque de Troisville. De aquí, Mallet y Ratel, acompañados de Hiley y de Cibot, se van por la noche á casa de los hermanos Chaussard; pero entonces supieron que los dos hermanos habían abandonado el país, y supusieron que al hacerlo habrían puesto el resto del dinero á buen recaudo.

Este fué el último esfuerzo del complot para recobrar el dinero del robo.

Ahora es preciso establecer la parte que cada uno de estos autores tomó en el atentado.

Dubut, Boislaurier, Gentil, Herbomez, Courceuil é Hiley son los jefes, los unos deliberando y los otros obrando.

Boislaurier, Dubut y Courceuil, los tres fugitivos y rebeldes, son insurrectos por oficio, factores de disturbios é implacables enemigos de Napoleón el Grande, de sus victorias, de su dinastía, de su gobierno, de las nuevas leyes y de la constitución del Imperio.

Herbomez é Hiley ejecutaron audazmente como brazos lo que habían concebido como cabezas.

La culpabilidad de los siete instrumentos del crimen, Cibot, Lisieux, Grenier, Bruce, Horeau, Cabot y Minard, es evidente; se deduce de las declaraciones de los que están en manos de la justicia, pues Lisieux murió durante la instrucción, y Bruce logró escapar.

La conducta observada por Rousseau, el cochero, hace suponer su complicidad. Su lentitud durante la primera parte del camino, la precipitación con que fustigó á sus caballos á la entrada del bosque, su perseverancia en sostener que le habían vendado los ojos, cuando, en realidad, el jefe de los bandidos hizo que le quitaran el pañuelo diciendo que lo reconociese, según confesión de los jóvenes viajeros, todas estas particularidades hacen suponer en él la connivencia.

Respecto á la señora Bryond y al notario Leveillé,

¿qué complicidad puede darse más clara y más continua que la suya? Constantemente ayudaron al crimen y tuvieron conocimiento de cuanto se hacía para llevarlo á cabo. Leveillé viajaba á cada instante. La dama Bryond inventaba estratagema sobre estratagema, y lo arriesgaba todo, hasta su vida, para asegurar la entrada de fondos. Presta su castillo y su coche y conoce el complot desde su origen; no procura encaminar por buen camino al principal jefe, cuando podía emplear su culpable influencia para impedir el atentado. Complicó en él también á su camarera la joven Godard. Leveillé tomó también parte en la ejecución, puesto que procuró á los bandidos el hacha que necesitaban.

La mujer de Bourget, Vauthier, los Chaussard, Pannier, la dama Lechantre, Mallet y Ratel, tomaron parte más ó menos activa en el crimen, lo mismo que los posaderos Melin, Binet, Laraviniere y Chargrain.

Bourget murió durante la instrucción, después de haber hecho declaraciones que quitan toda duda respecto á la parte que tomaron en el crimen Vauthier y la dama Bryond; y si procuró atenuar los cargos que pesan sobre su mujer y su sobrino Chaussard, es fácil adivinar el motivo que le indujo á ello.

Sin embargo, los Chaussard alimentaron á sabiendas á los bandidos, vieron sus armas, fueron testigos de todas sus disposiciones y dejaron que se apoderasen del hacha necesaria para romper las cajas, sabiendo el uso que iba á hacerse de ella. Finalmente, tomaron y ocultaron sumas que provenían del robo, y disiparon su mayor parte.

Pannier, antiguo tesorero de los rebeldes, escondió á la dama Bryond, es uno de los cómplices más peligrosos de este crimen, y es indudable que lo conocía desde su origen. En él comienzan ciertas relaciones desconocidas, pero que la justicia procuró averiguar. Es el hombre fiel á Rifoel, y el depositario de

los secretos del partido contrarrevolucionario del Oeste; lamentó el que Rifoel hubiese introducido en el complot á mujeres y que se hubiese confiado á ellas; envió sumas á Rifoel y escondió el dinero del robo.

Respecto á la conducta de los dos gendarmes Mallet y Ratel, merece ser tratada por parte de la justicia con el mayor rigor. Ambos fueron traidores y faltaron á sus deberes. Uno de ellos, adivinando su suerte, se suicidó, después de haber hecho importantes revelaciones. El otro, Mallet, no ha negado nada, y sus confesiones alejan toda duda.

La dama Lechantre, á pesar de sus constantes negativas, lo conocía todo. La hipocresía de esta mujer, que procura confirmar su pretendida inocencia con las apariencias de una devoción engañosa, tiene antecedentes que prueban su indecisión y su intrepidez en los casos extremos. Alega que fué engañada por su hija, y que creía que se trataba de fondos que pertenecían al señor Bryond. ¡Astucia burda! Si el señor Bryond hubiese tenido fondos, no hubiese abandonado el país como lo abandonó para no ser testigo de su ruina. La dama Lechantre se tranquilizó respecto á la vergüenza del robo cuando lo vió aprobado por su aliado Boislaurier. Pero ¿cómo se explica la presencia de Rifoel en Saint-Savin, las correrías y relaciones de este joven con su hija, y la permanencia de los bandidos en el castillo, servidos por la joven Godard y por la dama Bryond? Alega un profundo sueño, se apoya en su pretendida costumbre de acostarse á las siete de la noche, y no sabe qué responder cuando el magistrado instructor le hace observar que se levantaba al amanecer y que á aquella hora debía apercibirse de las huellas del complot y de la estancia en su casa de tanta gente, y que debía asimismo inquietarse por las entradas y salidas nocturnas de su hija. A esto contesta que acostumbraba á permanecer rezando. Esta mujer es un modelo de hipocresía. Final-

mente, su viaje el día del crimen, el cuidado que tiene de llevarse su hija á Mortagne, sus correrías con el dinero, su precipitada huida cuando todo está descubierto, el cuidado que tiene de esconderlo, las circunstancias mismas de su arresto, todo prueba su complicidad de larga fecha. No ha obrado como madre que quiere instruir á su hija en el bien y arrancarla del peligro, sino como cómplice que tiembla, y su complicidad no ha sido motivada por la fuerza de la ternura maternal, sino que es fruto del espíritu de partido é inspiración de un reconocido odio contra el gobierno de Su Majestad Imperial y Real. Por otra parte, un extravío causado por la ternura maternal no la excusaría, y no debemos olvidar que su consentimiento, que databa de mucho tiempo atrás, debe ser la prueba más evidente de su complicidad.

De modo que los elementos del crimen y sus factores están descubiertos. Se ve en él el monstruoso conjunto de los delirios de una facción con el cebo de la rapiña, el asesinato aconsejado por el espíritu de partido, bajo cuya égida intentan todos justificar sus más innobles excesos. La voz de los jefes da la señal del pillaje de los fondos públicos para archivar crímenes ulteriores. Viles y cobardes mercenarios, lo efectúan á bajo precio, sin retroceder ante el asesinato, y factores de rebelión no menos culpables ayudan á todo y toman parte en el motín. ¿Qué sociedad toleraría semejantes atentados? Todo el rigor de la justicia será poco para castigarlos.

Visto esto, la audiencia de justicia criminal y especial tendrá que decidir si los llamados Herbomez, Hiley, Cibot, Grenier, Horeau, Cabot, Minard, Melin, Binet, Laraviniere, Rousseau, la mujer de Bryond, Leveillé, la mujer de Bourget, Vauthier, Chaussard el mayor, Pannier, la viuda Lechantre, Mallet y todos los aquí denominados y calificados, acusados presentes, y los llamados Boislaurier, Dubut, Courceuil, Bruce, Chaussard el menor, Chargegrain, la joven

Godard, estos últimos ausentes y fugitivos, son ó no culpables de los hechos mencionados en la presente acta de acusación.

Dado en Caen, en el estrado, hoy 1 Diciembre 180...

Firmado: BARÓN BOURLAC.

Este documento judicial, mucho más breve é imperioso que las actas de acusación de hoy, tan minuciosas y tan completas en las más insignificantes circunstancias y detalles de la vida anterior de los acusados, conmovió profundamente á Godofredo. La sequedad de esta acta, donde la pluma oficial narraba con tinta encarnada los principales detalles del proceso, fué para su imaginación motivo de trabajo. Los relatos concisos son para algunas almas textos en que penetran recorriendo sus misteriosas profundidades.

En medio de la noche, ayudado por el silencio, por las tinieblas y por la terrible relación que el buen Alain acababa de hacerle presentir entre este escrito y la señora de la Chanterie, Godofredo aplicó todas las fuerzas de su inteligencia á desarrollar este terrible tema.

Evidentemente, este nombre de Lechantre debía ser el nombre patronímico de los Chanterie, los cuales bajo la República y bajo el Imperio habían perdido sin duda su nombre aristocrático.

Entrevió los lugares en que este drama había tenido lugar. Las figuras de los cómplices secundarios pasaron ante sus ojos. Se dibujó fantásticamente, no al llamado Rifoel, sino á un caballero del Vissard joven, casi semejante al Fergus de Walter Scott, en una palabra, al jacobita francés. Desarrolló la novela de la pasión de una joven groseramente engañada por la infamia de un marido (novela entonces á la moda), enamorada de un joven jefe revolucionado contra el Emperador, comprometiéndose, como Diana Vernon, en una conspiración, exaltándose y no deteniéndose

ya una vez lanzada por aquella peligrosa pendiente.
¿Habría llegado hasta el patíbulo?

Godofredo veía allí todo un mundo. Erraba por los matorrales normandos, veía al caballero bretón y á la señora Bryond en los setos; habitaba el viejo castillo de Saint-Savin, asistía á las diversas escenas de seducción de tantos personajes, figurándose que veía á aquel notario, á aquel negociante y á todos aquellos atrevidos jefes de chuanes. Adivinaba el concurso casi general de una comarca en que vivía aún el recuerdo de las expediciones del famoso Marche-á-Terre, de los condes de Bauban, de Longuy, del sacrificio de la Vivetiere, de la muerte del marqués de Mautaurand, cuyas hazañas le habían sido contadas por la señora de la Chanterie.

Esta especie de visión de las cosas, de los hombres y de los lugares fué rápida. Pensando que se trataba de la imponente, noble y piadosa anciana, cuyas virtudes influían en él hasta el punto de metamorfosearle, Godofredo cogió con terror el segundo documento que el buen Alain le había dado y que se titulaba:

Petición hecha por la señora doña Enriqueta de Bryond de las Tours-Mesnieres, apellidada, por parte de su padre, Lechantre de la Chanterie.

— ¡Ya no hay duda! se dijo Godofredo.
He aquí el tenor de este documento:

«Estamos condenados y somos culpables; pero si alguna vez ha tenido algún soberano razón para usar su prerrogativa de indulto, nunca mejor que en las presentes circunstancias.

»Se trata de una joven que ha declarado que es madre y que está condenada á muerte.

»En el umbral de una cárcel, en presencia del patíbulo que le espera, esta mujer dirá la verdad.

»La verdad la defenderá y á ella deberá su indulto.

»El proceso juzgado por la audiencia criminal de Alençon, como todos los procesos en que se encuentra un gran número de acusados reunidos para un complot inspirado por el espíritu de partido, ha presentado puntos sumamente oscuros.

»La cancillería de Su Majestad Imperial y Real sabe hoy á qué atenerse respecto al personaje misterioso llamado *El Comerciante*, cuya presencia en el departamento del Orne no ha sido negada por el ministerio público durante el curso de las sesiones, pero que el fiscal no juzgó conveniente hacer comparacer, sin que la defensa tuviese facultades para citarlo ni poder para encontrarlo.

»Como saben ya la audiencia, la prefectura, la policía de París y la cancillería de Su Majestad Imperial y Real, este personaje es el señor don Bernardo Polydor Bryond de las Tours-Mesnieres, corresponsal, desde 1794, del conde de Lille, conocido en el extranjero como barón de las Tours-Mesnieres, y en los fastos de la policía parisiense bajo el nombre de Contenson.

»Es un hombre excepcional, un hombre cuya nobleza y juventud han sido deshonradas por vicios tan exigentes, por una inmoralidad tan profunda, por actos tan criminales, que esta infame huida hubiese terminado indudablemente en el patíbulo, á no ser por el arte con que supo desempeñar su doble papel, indicado por su doble nombre. Pero cada vez más dominado por sus pasiones, acabará por servir pronto en las últimas y más degradadas filas del crimen, á pesar de su notable instrucción é innegable talento.

»Cuando la perspicacia del conde de Lille privó á Bryond de manejar el oro del extranjero, quiso salir de la arena ensangrentada en que sus vicios lo habían arrojado.

»¿No era bastante productiva su carrera? ¿fueron acaso los remordimientos y la vergüenza lo que lleva-

ron á este hombre á su país, donde sus propiedades, grabadas con multitud de deudas á su partido, debían ofrecer pocos recursos á su genio? Es imposible creer esto último, y es más verosímil suponer que tenía que llenar alguna misión en aquellas comarcas, donde brotaban aún de vez en cuando algunas chispas de nuestras discordias civiles.

»Al llegar al país en que su pérvida cooperación en las intrigas de Inglaterra y del conde de Lille le valió la confianza de las familias adictas al partido vencido por el genio de nuestro inmortal Emperador, encontró á uno de los antiguos jefes de revolución, con quien había tenido relaciones como enviado del extranjero cuando la expedición de Quiberón, y cuando el último levantamiento de los rebeldes, en el año VII, favoreció las esperanzas de este gran agitador, que pagó con la última pena sus tramas contra el Estado. Bryond pudo entonces penetrar los secretos de este incorregible partido, que desconocía á la vez la gloria de Su Majestad el Emperador Napoleón I y los verdaderos intereses del país, que estaban en esta persona sagrada.

»A la edad de treinta y cinco años, afectando la piedad más sincera, fingiendo una adhesión sin límites á los intereses del conde de Lille y un culto por los insurrectos que en el Oeste encontraron la muerte luchando; realizando con habilidad los restos de una juventud ajada, pero que ofrecía aún un buen exterior, y vivamente protegido por el silencio de sus acreedores y por una inaudita complacencia por parte de todos los nobles del país, este hombre fué introducido en casa de la dama Lechantre, á la que se la suponía una gran fortuna.

»Se acordó casar á la hija única de la señora Lechantre, á la joven Enriqueta, con aquel protegido de los nobles y de las gentes distinguidas.

»Sacerdotes, exnobles, acreedores, todos con diferentes intereses, leales en los unos, avaros en los otros,

y por ceguera en la mayor parte, todos, en fin, conspiraron para la unión de Bernardo Bryond con Enriqueta Lechantre.

»El buen sentido del notario encargado de los asuntos de la señora Lechantre, y alguna desconfianza sin duda, fueron causa de la pérdida de la joven. El señor Chesnel, notario de Alençon, puso las tierras de Saint-Savin, único bien de la futura esposa, bajo el régimen dotal, reservando únicamente una habitación y una módica renta para la madre.

»Los acreedores, que suponían, por el espíritu de orden y economía de la señora Lechantre, que ésta poseía inmensos capitales, quedaron engañados en sus esperanzas; y todos, creyendo en la avaricia de aquella mujer, hicieron pesquisas que pusieron al descubierto la precaria situación de Bryond.

»Graves disidencias estallaron entonces entre los recién casados, y dieron lugar á que la joven esposa conociese entonces las costumbres depravadas, el ateísmo religioso y político, y, en una palabra, la infamia del hombre con quien el destino la había unido tan fatalmente.

»Bryond, obligado á poner á su mujer en el secreto de las odiosas tramas formadas contra el gobierno imperial, da asilo en su casa á Rifoel del Vissard.

»El carácter de Rifoel, aventurero, valiente, generoso, ejercía sobre cuantos lo rodeaban seducciones, cuyas pruebas abundan en los procesos criminales instruidos y juzgados por sus audiencias especiales.

»La irresistible influencia y el absoluto imperio que supo conquistarse sobre una joven que se veía en el fondo de un abismo, se ve bien á las claras por la catástrofe cuyo horror la arroja suplicante á los pies del trono. Pero lo que la cancillería de Su Majestad Imperial y Real podrá fácilmente confirmar es la infame complacencia de Bryond, el cual, en lugar de llenar sus deberes de guía y de consejero al lado de la niña que una pobre madre le había confiado, se complació

en estrechar los lazos de intimidad que existían entre la joven Enriqueta y el jefe de los rebeldes.

»El plan de este odioso personaje, que se jacta de despreciarlo todo, de no considerar en todo más que la satisfacción de sus pasiones, y que no ve más que obstáculos vulgares en los sentimientos dictados por la moral civil ó religiosa, este plan, es el siguiente:

»Este es el lugar de advertir cuán familiar es esta combinación á un hombre que, desde 1794, desempeña un doble papel, y que, durante ocho años, ha podido engañar al conde de Lille y á sus partidarios, y á la policía general del Imperio. ¿No pertenecen semejantes hombres á quien les paga mejor?

»Bryond empujaba á Rifoel al crimen, le aconsejaba que llevase á cabo ataques á mano armada á los fondos de recaudación del Estado, y una larga contribución impuesta á los poseedores de bienes nacionales, mediante torturas que llevaron el espanto á cinco comarcas, fué inventada por él. Exigía que le entregasen trescientos mil francos para liquidar sus bienes.

»En caso de resistencia por parte de su mujer ó de Rifoel, se proponía vengarse del profundo desprecio que inspiraba á aquella alma recta, entregando á ambos al rigor de las leyes tan pronto como llevasen á cabo algún crimen capital.

»Cuando vió que el espíritu de partido podía más que sus intereses en aquellos dos seres que él había unido, desapareció y volvió á París provisto de informes completos y exactos sobre la situación de las comarcas del Oeste.

»Los hermanos Chaussard y Vauthier fueron los confidentes de Bryond, y la cancillería lo sabe.

»Habiendo vuelto disfrazado y en secreto al país, tan pronto como se cometió el atentado de los fondos de la recaudación de Caen, Bryond, bajo el nombre del *Cormerciante*, se puso en relaciones secretas con el prefecto y con los magistrados. ¿Qué ocurrió? Que jamás conspiración más extensa y en la que participa-

ban tantas personas colocadas en tan diferentes grados de la escala social, fué descubierta por la justicia más rápidamente de lo que lo fué aquella cuya agresión primera fué el ataque á los fondos de Caen. Todos los culpables fueron perseguidos y expiados, seis días después del atentado, con una perspicacia que denotaba el perfecto conocimiento de los planes y de los enemigos. El arresto, el proceso, la muerte de Rifoel y de sus cómplices, son una prueba indudable de nuestra afirmación. La cancillería, lo repetimos, sabe mucho más que nosotros respecto á este punto.

»¿Qué condenado podría recurrir mejor que Enriqueta Lechantre á la clemencia del soberano?

»Arrastrada por la pasión y por ideas de rebelión que mamó de sus antepasados, es indudablemente inexcusable á los ojos de la justicia; pero á los ojos del más magnánimo de los emperadores, la infame traición de que fué víctima la condenada, ¿no influirá en su favor?

»El mayor capitán, el inmortal genio que indultó al príncipe de Hatzfeld y que sabe adivinar como Dios mismo las razones nacidas de la fatalidad del corazón, ¿no querrá admitir el poder invencible, en los primeros años de la vida, que preside este crimen, para excusarlo por grande que sea?

»Veintidós cabezas han caído ya bajo el hacha de la justicia por sentencias de tres audiencias criminales; no queda más que la de una joven de veinte años, la de una menor; ¿no quiere dejarla, el Emperador Napoleón el Grande, para que la purifique el arrepentimiento? ¿No le corresponde á Dios tomar también parte en esta obra?

»Por Enriqueta Lechantre, esposa de Bryond de las Tours-Mesnieres,

»Su defensor,

»BORDÍN,

»Procurador del tribunal de primera instancia del departamento del Sena.»

Este espantoso drama turbó el escaso sueño de que gozó Godofredo. Soñó con el último suplicio y vió, en medio de una terrible pesadilla, á una joven hermosa, exaltada, sufriendo, siendo objeto de los últimos preparativos y llevada en una carreta, subiendo al patíbulo y gritando: ¡Viva el rey!

La curiosidad aguijoneaba á Godofredo. Cuando apenas rayaba el alba se levantó, se vistió, anduvo por su cuarto y acabó por ponerse á la ventana, mirando maquinalmente al cielo y reconstruyendo este drama en varios volúmenes, como podría hacerlo un autor moderno. Y veía siempre destacarse en aquel fondo tenebroso de chuanes, de aldeanos, de hidalgos provincianos, de jefes, de magistrados, de abogados y de espías las radiantes figuras de la madre y de la hija; de la hija que engañaba á su madre, de la hija víctima de un monstruo, víctima de su pasión por uno de esos hombres atrevidos que más tarde fué calificado de héroe, y al que la imaginación de Godofredo atribuía semejanza con los Charettes, con los Jorges Cadoudal, y con los gigantes de aquella lucha entre la República y la Monarquía.

Tan pronto como Godofredo oyó que el anciano Alain andaba por su cuarto, se apresuró á subir; pero después de haber entreabierto la puerta, volvió á sus habitaciones. El anciano, arrodillado en su reclinatorio, hacía sus oraciones de por la mañana. La presencia de aquella cabeza canosa, cuya postura indicaba su profunda piedad, recordó á Godofredo sus olvidados deberes y se puso á rezar fervorosamente.

—Le esperaba á usted, dijo Alain viendo entrar á Godofredo al cabo de un cuarto de hora. Para calmar su impaciencia, me he levantado algo más temprano que de ordinario.

—¿Doña Enriqueta?... preguntó Godofredo con visible ansiedad.

—Es la hija de la señora, dijo el anciano interrumpiendo á Godofredo. La señora se llama Lechantre

de la Chanterie. Bajo el Imperio no se reconocían ni los títulos nobiliarios, ni los nombres añadidos á los nombres patronímicos ó primitivos. De modo que la baronesa de las Tours-Mesnieres se llamaba la mujer Bryond. El marqués de Esgrignon volvía á tomar su nombre de Carol, y era el ciudadano Carol y más tarde el señor Carol. Los Troisville pasaban á ser los señores Guibelin.

—Pero ¿qué ocurrió? ¿concedió el indulto el Emperador?

—¡Ay de mí! no, respondió Alain. La infortunada joven subió al patíbulo á los veintidós años. Después de haber leído la nota de Bordín, el Emperador le respondió á su gran juez, poco más ó menos, en estos términos:

«—¿Por qué encarnizarse con el espía? Un agente no es hombre y no debe tener sentimientos. Es una rueda de una máquina, y Bryond cumplió con su deber. Si los instrumentos de este género no fuesen lo que son, barras de acero, é inteligencias únicamente en el sentido del poder á quien sirven, no habría gobierno posible. Es preciso que las sentencias de la justicia criminal y especial se ejecuten, porque de otro modo mis magistrados dejarían de tener confianza en ellos y en mí. Por otra parte, los soldados de esa gente han muerto, á pesar de que eran menos culpables que los jefes. Además, es preciso enseñar á las mujeres del Oeste á no tomar parte en los complots. Precisamente porque la sentencia recae en una mujer, es por lo que la justicia debe seguir su curso. No hay excusa posible ante los intereses del poder.»

—Tal es, en substancia, continuó Alain, lo que el gran juez repitió á Bordín de parte del Emperador. Al saber que Francia y Rusia no tardarían en romper las hostilidades, y que el Emperador se vería obligado á ir á setecientas leguas de París á atacar á un país inmenso y desierto, Bordín comprendió los verdaderos motivos de la inclemencia del Emperador. Para